»Cuando hiela y no puede tener agua en abundancia, rompe el hielo y toma el agua que se encuentra debajo, para mojarse el cuerpo,

»Y principalmente los piés.

»Se incomoda cuando le quitan el agua.

»Una vez mordió á una compañera suya con tanto furor, que se quedó en los dientes un trozo de carne.

»El carácter de esta mujer ha sobrevivido á su inteligencia.

»Casi nunca sale de su celda.

»Si sale, por acaso, vá desnuda.

»Dá algunos pasos...

»Generalmente camina á cuatro piés.

»Se revuelca por el suelo, y fija sus ojos sobre un tallo de yerba.

»Bebe el agua inmunda del arroyo;

»Y come cuantas porquerías encuentra...»

CAPÍTULO IV.

El Directorio.—Las modas y su influencia en la prostitucion de las costumbres.—Francia bajo el Consulado.—Napoleon I emperador.—Sus amores secretos.—Temperamento inagotable.—Poca conciencia.—Josefina.—Soldados y prostitutas.—El vicio lésbico.—Literatura.—Napoleon en busca de un poeta.—La primera piedra.—Modas del imperio.

Llegó la reaccion política.

Y con ella el Directorio.

Las costumbres sufrieron tambien su reaccion.

El año 1796 apareció una secta nueva.

Secta más bien «moral» que religiosa.

Por eso nos ocupamos de ella.

Mejor que nuestras palabras pintará los deseos que animaban á algunos individuos de aquella «nueva» sociedad.

Deseos que, como siempre desgraciadamente resultaron nulos.

En las reuniones de dicha secta: llamada de los «Theofilántropos,» se predicaban los deberes de los hombres para con sus semejantes.

De los hijos para con sus padres.

De los padres para con sus hijos.

Los deberes recíprocos de los esposos.

Y el reconocimiento al Sér de los Seres.

La sala, consagrada á sus reuniones, presentaba en sus paredes y en cuadros, escritas con grandes carácteres, máximas relativas:

A las virtudes sociales.

A la bondad.

A la justicia.

Hed aquí algunas de esas inscripciones:

«Creemos en la existencia de Dios, y en la inmortalidad del alma.

»Adorad á Dios.

»Amad á vuestros semejantes.

»El bien se halla en todo cuanto tienda á conservar al hombre y á perfeccionarlo.

»El mal se halla en todo cuanto se dirija á destruirlo ó deteriorarlo.

. . . . . .

»Mugeres: ved en vuestros maridos á los jefes de vuestras casas, y hacéos recíprocamente dichosos.»

. . . . . .

Pronunciábanse discursos que venian á decir lo mismo.

Luego se cantaban himnos.

Hed aquí fragmentos de algunos de ellos :

Dans les sentiers de l' orgueil et du vice
Si nons avons la faiblesse d' errer,
Tu nous donnas au bord du precipice
Un guide sur, prompt á nous eclairer;
A la raison que le cœur obeisse,
Et son flambeau ne pourra l' egarer
Blamons l' erreur, mais plaigons le coupable;
Le ciel á seul le droit de punir.
De la douceur que l' eloquence aimable,
En instruisant pradonne sans hair.
L' art d' etre heureux et d' aimer son semblable
¡ah quel devoir est plus doux á remplir!
Oh toi qui du neant, ainsi qu' une etincelle,
Fis jaillir dans les airs l'astre eclatant du jour;
Fais plus... verse en nos cœurs ta sagese inmortelle;
Embrasse nous de ton amour.

(En los senderos del orgullo y del vicio,—si tenemos la debilidad de perdernos—tu nos darás el borde del pricipicio—un guia seguro, dispuesto á iluminarnos.)

(Obedezca el corazon á la razon tan solo—que su llama hará que no se pierda nunca.)

. . . . . .

(Odiemos el error, pero compadezcamos al culpable—tan solo el cielo tiene derecho para castigar—La elocuencia dulce perdone, instruyendo, sin odiar nunca—el arte de ser dichoso y de amar á sus semejantes—¡Ah! que deberes tan dulces de cumplir.)

. . . . . .

(—¡Oh tú, que de la nada hiciste brotar, como una chispa—el astro brillante del dia!—Haz más que eso; derrama en nuestros corazones—tu sabiduría inmortal; abrázanos y envuélvenos en tu amor!)

. . . . . .

Como se vé, la intencion de los sectarios era magnífica.

¿Pero lograron su propósito?

De ningun modo.

La prostitucion cesó de mostrarse descarada y terrible como hasta entonces.

Volvióse á refugiar en los salones.

Y las reuniones de Barras copiaron muchísimo de las habitaciones secretas del palacio de Versalles.

El número de favoritas del «director,» superaba tal vez al de los príncipes mas voluptuosos.

Los escándalos de los individuos del Directorio eclipsaron á los de la córte que tan sangrientamente habia desaparecido.

Las modas influian asimismo de un modo importantísimo en en la disolucion de las costumbres.

Paris era Atenas.

La moda habia dictado que no habia nada como lo griego.

Y las célebres cortesanas de la antigüedad reaparecieron.

Túnicos y peplums.

Pechos desnudos.

Muslos y piernas descubiertos por la abertura de la «stola».

Esto no podia menos de escitar los sentidos.

Porque cuanto mas se cubrian los hombres con sus corbatas altas y apretadas, sus fracs inmensos y sus estraordinarias chupas, mas se «desnudaban» las mugeres...

El escándalo llegó á su colmo.

Y cuando Bonaparte ascendió á primer cónsul, en lugar de reprimirlo, pareció entrar en sus combinaciones políticas halagarlo y protegerlo

Una vez alcanzada la meta de su ambicion;

Una vez emperador, intentó corregir aquellos abusos que á su tiempo hubiera debido cortar.

Pero en vano.

El hombre de temperamento lascivo é inagotable, (pues no es nuestra mision juzgarle como político), no podia esperimentar otros resultados en las costumbres y en la moralidad de sus pueblos.

Y ya que de él hablamos, bueno será dar á conocer á nuestros lectores algunos episodios de su vida particular.

Episodios que tienen gran relacion con el asunto que historiamos.

Napoleon Bonaparte, desde muy niño, comenzó á sentir los efectos de su temperamento.

Fué precoz en demasia.

Tanto, que á los NUEVE AÑOS, hizo lo que los demás hombres no acostumbran á hacer hasta los 16 ó 17.

Pero oigamos lo que dice á este propósito el primer capítulo de sus «Memorias Secretas», ó su «Vida privada» (1).

---

(1) Aun cuando dichas *Memorias* sean apócrifas y parezcan redactadas con ánimo de disfamar al gran génio que asombró á la Europa entera, concuerda su fondo en tal manera con todos los documentos histórico-secretos que sobre el asunto nos ha sido dado consultar, que, hechas todas salvedades, transcribimos los siguientes estractos, que á ser exactamente auténticos, muestran un lado curiosísimo de la vida de tan ilustre gloria contemporánea.

»Mme. Catulitia, prima hermana de mi padre, habia perdido á su esposo.

»No siendo de su gusto habitar en el campo, donde tenia una magnífica posesion, acudió á establecerse en nuestra compañia.

»Era mi tia una mujer de 37 años.

»De estatura regular.

»Mas bien alta que baja.

»Tenia hermosísimos ojos.

»Y su tez, aunque morena, era finísima y delicada.

»No habia tenido nunca hijos.

»Generalmente, las mujeres á los 37 años solo conservan restos de su hermosura.

»Sombras de su belleza.

»En mi tia no sucedia esto.

»Era una escepcion de la regla.

»Un hombre de su edad la hubiera encontrado demasiado jóven.

»Viva, sin ser aturdida.

»Honesta sin afectacion;

»Religiosa sin hipocresía;

»Compasiva hasta la exageracion.

»Por todas estas prendas morales hallábase adornada.

»Pueden creer mis lectores verdadero este retrato, porque nunca me ha gustado adular á nadie.

»Habitaba mi tia un cuarto separado, al estremo de un gran corredor.

»Y era completamente independiente del aposento que ocupábamos mi hermano Luciano y yo.

»Yo dormia con este.

»Pero un dia se vió atacado por las viruelas.

»Y fué preciso, por lo tanto, que me acostára en otra parte, aunque todos estábamos muy apiñados.

»Mi tia, además de su sala, tenia dos gabinetes.

»Uno de ellos era muy espacioso.

»Por cuya razon, mi madre se lo pidió para que yo durmiera en él.

»Y Catulitia no le negó este favor.

»Hacia ya dos meses que yo ocupaba aquella habitacion.

»Y solo me separaba de la alcoba de mi tia, una simple puerta, sin cerrojo.

»Creo que no me costará mucho trabajo persuadir á mis lectores de que si ella dormia en paz, á mi me sucedia otro tanto.

»Levantábase ella muy tarde.

»El verano tocaba á su término.

»Acercábase á pasos agigantados el invierno, y ya me decian que tendria que dejar libre el gabinete.

»Una mañana, salia de mi cuarto...

»Y atravesé como de costumbre el dormitorio de mi tia.

»La noche habia sido tempestuosa y ardiente, como acostumbran á serlo las últimas del estío.

»Las cortinas de su alcoba se hallaban medio descorridas.

»La sábana y el cobertor de su cama habian caido al suelo...

»Mi tia, casi desnuda, dormia profundamente, en una postura que descubria sus mas secretos encantos.

»No puede seguramente el hombre pintar la esplosion de las sensaciones que esperimenté ante espectáculo semejante.

»No me atrevia á moverme.

»Devoraba con mis ojos á la dormida beldad.

»Y hubiera seguramente dado muerte al que hubiese intentado robarla á mis miradas.

»No concebí proyecto alguno.

»No reflexioné ni un solo instante.

»Me acerqué involuntariamente al lecho...

»E imprimí suavemente en el muslo de mi tia un beso que produjo en mí el efecto de una centella.

»Un torrente de fuego circulaba entre mis venas.

»No es posible vivir ni un cuarto de hora en el estado en que yo me hallaba.

»Y díme prisa á salir, porque necesitaba respirar el aire libre...

»El jardin sirvióme de consuelo.

»La agitacion en que me hallaba;

»La abundancia de ideas;

»El aturdimiento que aquel ósculo me produjo, me habian privado de la facultad de reflexionar.

»Al fin conseguí tranquilizarme.

»Y me pregunté á mi mismo la causa de tanta emocion.

»Habia visto una mujer desnuda.

»Mis labios se habian rozado ligeramente con uno de sus muslos.

»Y habia sentido en todas partes de mi cuerpo, estremecimientos de un género de placer, para mi desconocido.

»¿Que era aquello?

»Tendré la libertad, me decia, de abrazar, de besar tan hermoso cuerpo?

»De recorrerlo en todos sentidos?

»Necesario es que á todo trance me procure este deleite, continuaba diciéndome.

»Y al instante, formé el proyecto de participar del lecho de mi tia.

»Pero ¿cómo hacer para conseguirlo?

¿Bajo que pretesto pedirle favor semejante?

¡Terrible situacion!

Mi edad;

Su posicion;

Nuestro decoro...

Todo esto me imponia;

¡Todo me presentaba invencibles obstáculos!

Aunque siempre fuí muy atrevido en mis deseos, en aquella ocasion me faltó la audacia.

No podia resolverme á hablarla.

Ella me habia siempre distinguido entre todos mis hermanos.

Hacíame con frecuencia inocentes caricias.

Sus besos, antes de mi descubrimiento, no habian causado impresion alguna en mis sentidos.

Pero ¡cuán distinto efecto no produjeron despues, cuando cada mañana se encontraba su boca con la mia, al darle los buenos dias!

Sentíame próximo á desfallecer...

Apoyábame en su brazo...

Sin embargo, no se me ocultaba una cosa:

Y era, que si llegaba á penetrar la causa de mi turbacion, me privaria de la delicia que hallaba en sus brazos.

Y por lo mismo, me guardaba muy bien de despertar en ella la menor sospecha en este punto.

El proyecto de participar de su lecho no se apartaba un solo momento de mi imaginacion.

Ocupábame durante el dia...

Y no me abandonaba tampoco por la noche.

Yo mismo me echaba en cara el no atreverme á pedirle aque favor.

Y hallábame en tal estado, cuando los elementos vinieron en mi ayuda.

Nos hallábamos á últimos de setiembre.

Y hacia algunos dias, como he dicho, que el calor era sofocante y estraordinario.

Una noche en que me hallaba profundamente dormido, me despertó de repente al estampido del trueno.

El resplandor de los relámpagos;

El estruendo de las centellas;

Y el ruido de los vientos desencadenados parecian amenaza al universo con un trastorno general.

Este cuadro imponente de las convulsiones del globo, ha tenido siempre mucha analogía con el ímpetu de mi carácter...

Por eso nunca me ha inspirado terror.

Mi primer pensamiento fué que la tormenta podia favorecerme.

Podia ayudar los proyectos que yo alimentaba...

Salté, pues, de la cama.

Y sin abrir la puerta, dí curso á mis estrépitosos sollozos.

Mme. Catulitia que no dormia me preguntó por que lloraba.

—Tengo miedo á la tempestad, le repuse.

—¿Y qué?

—Y no me atrevo á ir á la alcoba de Vd!

—Ven, ven al instante, hijo mio; ven al momento; y cuidado no vayas ahora á ponerte enfermo.

Al oir esto, de un salto llegué á la alcoba.

En un abrir y cerrar de ojos, me introduje en su lecho.

Mi tia, llena de confianza me tomó en sus brazos para tranquilizarme...

¡La imprudente añadia mas aceite á la lámpara!

Me estrechaba contra sí...

Y mis brazos, con el pretesto del miedo que fingia, la apretaban con todas sus fuerzas.

Mi temblor se hizo convulsivo.

Mi tia queria levantarse para buscar un remedio.

—No es nada, querida tia, le dije; déjeme descansar un instante.

La tempestad habia cesado.

Pero la de mi corazon era más difícil de calmar.

Sin embargo, aunque algo fatigado, ocupé tranquilamente un sitio al lado de mi compañera, que no tardó en volver á dormirse.

Tambien el sueño acudió á sorprenderme agradablemente.

Hacia ya mas de una hora que habia amanecido, cuando me desperté sobresaltado.

Mme Catulitia dormia todavia.

Pero pronto despertó.

Entonces finjí un profundo sueño.

—¡Que fatigado está este niño! exclamó.

Abrazóme...

Y yo enlacé espontáneamente mis dos brazos al rededor de su cuello, imitando á una persona cuando se despierta.

Se me escaparon estas palabras:

—¡Querida tia! ¡Cuánto te amo!

Mi parienta creyó que esta frase era la espresion de mi inocente é infantil cariño.

Y en efecto;

¿Qué muger, por ducha y esperimentada que sea, podrá alabarse de que en un caso igual hubiera adivinado mis designios?

Puede nunca una mujer de treinta y siete años, preveer que un niño fijará en ella, á las nueve primaveras, las miradas del deseo?

¿No es siempre, á los ojos de la muger, un niño de esta edad considerado como un ser sin consecuencia?

¿Se halla suficientemente formado el corazon del hombre, á los nueve años, para peder contener un pensamiento voluptuoso?

¡No!

Fenómeno semejante se sale del órden de la naturaleza.

¡Solo yo debia ofrecerlo al mundo!

Mi tia, pues, pasó aquella primera noche, con la misma seguridad que otra muger cualquiera habria tenido en su puesto.

Al dia siguiente, participó mi tia á mi madre, que la tormenta me habia aterrorizado;

Y que me habia refugiado en su cama.

Por cuyo favor, quedó la última muy satisfecha.

Por mi parte, prometiáme tantos placeres de las caricias de mi tia, que ya no estaba en mi mano abandonar el proyecto de poseerla por entero.

Calculé los peligros y las dificultades de la empresa.

Y aunque unos y otras me parecieren inmensos, no por eso me desalenté ni retrocedí.

Antes al contrario;

Yo era intrépido, osado y tenaz.

Persuadime, pues, de que estas cualidades bastaban para dar feliz cima al negocio.

Juré, pues, no tener en adelante otro lecho que el suyo.

Aquella misma tarde, me finjí enfermo.

Y manifesté deseos de acostarme.

Mi madre se alarmó.

Y rogó á mi tia que consintiera una vez más en cuidarme en su cama.

Mi tia me amaba demasiado para rehusar el favor solicitado.

¡Con qué impaciencia no aguardé despues su regreso!

Tres horas que pasó léjos de mí me parecieron tres siglos.

Retiróse por fin á la alcoba...

Yo finjia dormir...

Principió á desnudarse, con entera libertad.

Las cortinas no estaban suficientemente corridas, para que mis ojos no pudieran verla.

Sabido es el abandono con que una mujer se desnuda, cuando no sospecha que la están mirando.

Mi parienta me descubrió inconscientemente todos sus encantos.

No tardé en tenerla al lado mio.

La dulce suavidad de su cútis me hizo estremecer hasta la punta de mis cabellos.

Hice ver que me despertaba.

Y la dije, arrojándome en sus brazos y dándole un beso:

—Buenas noches, amada tia.

—Descansa, hijo mio, me respondió; estás enfermo; procura dormir.

Lo mismo hubiera sido decirme:

—Entrégame al gran turco.

Tan dispuesto me hallaba á ejecutar lo uno, como lo otro.

No obstante:

Hícele creer que la obedecia.

Y un delicioso sueño se apoderó al instante de sus sentidos.

Aunque precoz en muchas materias, hallábame en la más perfecta ignorancia sobre la estructura del bello sexo.

Palpitaba yo en deseos...

Cuando de repente, se despertó mi tia.

Y saltó de la cama.

Con ayuda de la lamparilla se procuró al punto luz.

Y su primer cuidado fué enterarse de si yo dormia.

Hubiera podido seguir engañándola...

Y fingir el sueño de nuevo...

Pero esto hubiera sido volver á empezar...

Y yo deseaba concluir.

Mirábala sonriendo.

Y ella me dijo:

—¡Como, niño! ¿Con que no duerme V?

—¡Amada tia!

—¡Vamos, contesta!

—¿Es acaso posible dormir, estando al lado de V?

—¿Eh?

—Estaba...

No me dió tiempo para continuar.

—¡Levántese V. al momento! gritó; ¡y vuelva V. á su cuarto!

—¡Tia!

—¡Ya sé el partido que debo tomar mañana!

—¡Tia de mi corazon!

—¡Un niño! ¡Un niño de nueve años! ¡Que horror!

Yo me hallaba confundido.

Me habia perdido.

Habia perdido los deleites, á cuya sola idea hervia mi sangre.

Veia irritada á una mujer, cuya severidad no me permitia esperar indulgencia por mi atrevimiento.

Comprendia que iba á dar parte á mi familia...

¡Que las reprensiones y las injurias iban á llover sobre mí!

¡Cómo!

¡Dejarme robar tanta ventura!

¡Atraer sobre mi cabeza tantas tempestades!

Y todo, ¿por quién?

¡Por una mujer!

Esta sola idea me devolvió toda mi intrepidez.

Tomé una súbita determinacion:

Me arrojé del lecho.

Me vestí en un momento.

Y adelantándome entonces, friamente, al encuentro de mi tia, que solo habia tenido tiempo para ponerse un zagalejo, le dije:

—¡Señora, V. me desprecia, y hace mal!

—¡Cómo es eso! me interrumpió: ¿qué tonillo es ese?

—¡Yo no soy un niño!

—¿Te has vuelto loco?

—Verdad es que tengo nueve años...

—¿Y bien?

—Pero, ¿qué importa la edad, si la naturaleza me ha dotado de los deseos de un hombre perfecto?

—¿A donde vas á parar?

—¡Usted es la primera que ha hecho latir mi corazon!

—¡Niño!

—¡La primera que me ha revelado el secreto de la belleza!

—¡Ah!

—¡En esos lábios he conocido, por la vez primera, toda la suavidad de los besos del amor!

—Pero...

—Déjeme V. acabar. He saltado ya por encima de todas las conveniencias. No existen ya las distancias!

—Acaba...

—¡Usted es mi amante!

—¡Bah!

—¡Usted recibirá mis caricias!

—¡Locura!

—¡Yo lo quiero!

—¡Yo nó!

—¡Me resiste V?

—¡Con todas mis fuerzas, niño loco!

—¡Enhorabuena!

—¿Que vas á hacer?

—Usted misma me ha dejado en libertad, con sus pocas palalabras, de suprimir todo género de consideraciones.

Hablando así, fuí á la puerta, y la cerré con llave.

Y me guardé la llave en el bolsillo.

Mme. Catulitia, inmóvil de sorpresa;

Muda de asombro, dudaba si aquello era un sueño.

Conocia, no obstante, mi audacia...

Pero confiada en su edad y en sus fuerzas, quiso agarrarme y arrastrarme hasta mi cuarto.

—No se acerque V...

—Ahora veremos...

—Mire V. que soy capaz de todo!

Despreciando mis amenazas, vino á apoderarse de mí.

Pero se trocaron los papeles.

Yo fuí quién se apoderó de ella....

Y estrechándola con fuerza, conseguí romper la cinta del único zagalejo que la cubria.

Enredóse con el vestido que se desprendia de su cuerpo...

Cayó al suelo... y me arrastró en pos de sí...

Entonces quedaron á mi disposicion todos sus encantos y sus manos no podian sujetar á las mias.

No obstante, logró evadirse.

Iba pálida y temblando.

Solo tuvo tiempo para sentarse en una poltrona....

Y perdió el conocimiento.

Ignoraba yo que, al caer, se habia herido.

Pero algunas gotas de sangre me lo declararon.

Confieso, aunque sea un crímen, que mi primer pensamiento no fué hacer que recobrase los sentidos.

¡Ah! Los que me acusen de esto, tal vez habrian obrado como yo en aquel crítico momento.

Hallábame acosado por el aguijon del deseo.

Y el objeto que me lo inspiraba, la mujer que me habia vuelto frenético, se hallaba allí, desnuda, sin defensa, á mi disposicion.

¡Cómo, pues, privar á mis manos, á mis lábios y á mis ojos de un goce que hubiera comprado á precio de mi sangre!

¡Nó!

¡Tanta moderacion no es posible sino al que nada siente!

O al que siente muy débil y friamente...

¡Y á fe mia, que yo no me hallaba en ninguno de estos casos!

Mi primer cuidado fué buscar la herida de mi tia.

Era un ligero rasguño que se habia hecho encima de la rodilla, y del que aun salia alguna sangre.

Apliqué mi boca rápidamente á la llaga.

Y absorviendo y bebiendo la sangre de mi amada, no tardó esta, en reunirse á la masa de la mia.

De este modo, añadia leña á la abrasadora hoguera.

La presion de mis lábios y la multitud de mis caricias, la volvieron á la vida.

Vió que chupaba su sangre...

Y me rechazó suavemente.

Esta muestra de ternura habia templado su cólera.

Me desprendí de sus brazos, para dejarla respirar.

Y vuelta ya, completamente en sí, su desnudez la llenó de rubor.

Iba á levantarse...

Yo me arrojé á sus piés:

Y la dije, conmovido:

—¡Mi amada tia! No me rechaze V. No soy dueño de mis acciones. Soy esclavo de los deseos que V. me ha inspirado.

Soy un niño como ha dicho V.

Tráteme V. como á tal.

Permita V. que pase esta noche á su lado.

Respetaré el reposo de V.

Un solo beso de esos lábios, es lo único que á V. pido.

Estaba desnuda.

Yo abrazaba fuertemente sus rodillas.

Ardientes lágrimas regaban mi rostro.